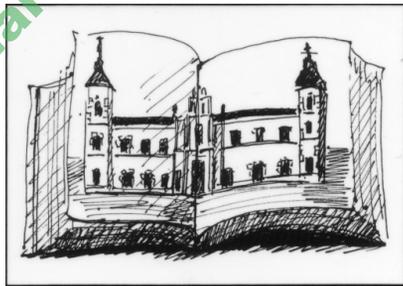


Editorial Cuadernos del Laberinto



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

Editorial Cuadernos del Laberinto

CIUDADES LEJANAS

(Asia y Oceanía)

Jorge Ávila Liceranzu (coord.)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
- LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°63 -
MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © LOS AUTORES

Coordinación © JORGE ÁVILA LICERANZU

Del prólogo © EUGENIO BREGOLAT

Del epílogo © JAVIER PARRONDO

De la edición © Cuadernos del Laberinto

Edición © ALICIA ARÉS

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y JAVIER RUPÉREZ RUBIO

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Fotografía de cubierta © JORGE ÁVILA LICERANZU. *Arashiyama* (2014)

Fotografías interiores y de cubierta © JORGE ÁVILA LICERANZU y JAVIER PARRONDO

Diseño de la colección: Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Primera edición: Diciembre 2021

I.S.B.N: 978-84-18997-13-6

Depósito legal: M-33959-2021

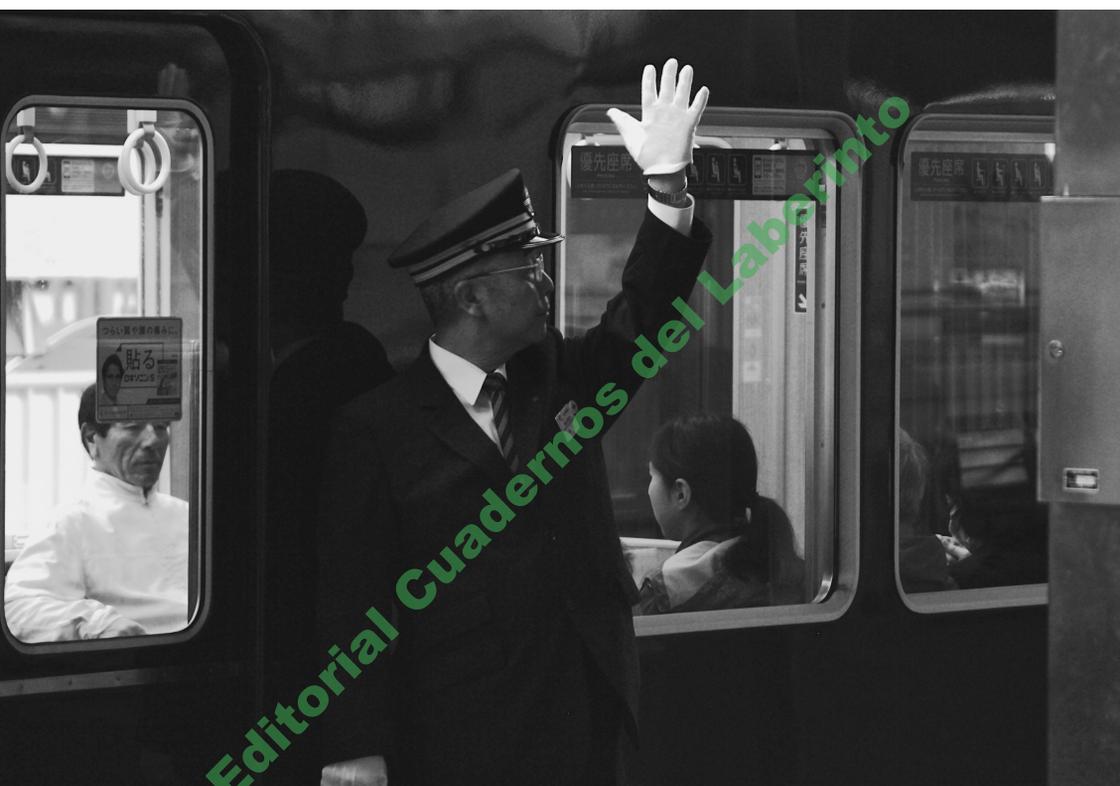
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

Introducción. Jorge Ávila Liceranzu	pág.	7
Prólogo. Eugenio Bregolat	pág.	11
Almaty. Luis Martínez Montes	pág.	15
Bangkok. Elena Pérez-Villanueva del Caz	pág.	29
Canberra. Enrique Criado	pág.	37
Cantón. Manuel de la Iglesia	pág.	51
Dhaka. Emilia Celemín	pág.	75
Delhi. Emilio Contreras	pág.	87
Delhi. Gerardo Fueyo	pág.	111
Hanoi. Javier Puig	pág.	123
Islamabad. Elena Gómez Aoiz	pág.	141
Kuala Lumpur. María Bassols	pág.	151
Manila. Pilar Villanueva	pág.	169
Pekín. Jorge Romeu	pág.	179
Kabul. Paula Sánchez	pág.	195
Seúl. Luis Fonseca	pág.	209
Singapur. Emilio de Miguel	pág.	221
Islas del Pacífico (Fiji): Daniel Montilla Rubiales	pág.	229
Tokio. José Antonio de Ory	pág.	241
Yakarta. Carlos Entrena	pág.	261
Yangón. Alberto Cerezo Sobrino	pág.	281
Rangún. Patrick Sandoval	pág.	297
Epílogo. Javier Parrondo	pág.	311
Biografías de los autores	pág.	315



Orden y rutina © Jorge Ávila (2016)

INTRODUCCIÓN

JORGE ÁVILA LICERANZU

Una de mis definiciones preferidas sobre la lectura procede de Antonio Gamoneda: «Leer es vivir dos veces». Es tan sencilla que no necesita explicación. Me pregunto si esto también podría aplicarse a la escritura; si escribir es vivir dos veces. Desvirtuando más la frase del Premio Cervantes, se podría decir que escribir es vivir muchas veces. Estarían, por ejemplo, las vidas que atraviesa el texto, o las de sus personajes, pero también las vidas que el escritor ha ido dejando atrás.

Escribir tiene mucho de reescribir, o si se prefiere, de hacerlo sobre lo que ya está escrito. Como grafitis que se superponen sobre otros en una pared lisa, a menudo blanca. Me gusta el grafiti que logra —o al menos intenta— superar lo que ha ocultado detrás, como todos aquellos que llenan el barrio bohemio de Yogyakarta en Indonesia, o como tantos textos apócrifos. También como las vidas que se vuelven a empezar, a la vez tan parecidas y tan distintas, en cada nueva andadura, lo que en nuestra profesión llamamos —mezcla quizá de ironía y síntesis burocrática—, destino en el exterior.

A nuestros recuerdos les ocurre algo parecido. Son escritos sobre otros anteriores, ya sean nuestros o ajenos. Y si tratamos de plasmarlos por escrito sobre una hoja, lo hacemos por encima de los textos de otros, de las vidas de otros, sometidos a su irresistible transformación en el tiempo. En ese salto de una cosa a la otra se esconde la posibilidad de un buen texto y las trazas de un escritor. Casi nada.

Hay recuerdos que merecen ser narrados, y otros que probablemente no deberían nunca ser escritos. Prefiero los segundos. No me refiero a aquello que pueda ser objeto de algún tipo de censura, sino a vivencias que, a simple vista, parecerían banales, grises, o necias. Y, sin embargo, en estas se suele concentrar obstinadamente nuestro deseo y nuestra memoria —los ingredientes de la escritura—. A la mía vuelve por ejemplo una calle de Kioto una suave tarde de otoño, en la que pasé tantos sábados, y lo hace mucho más que los fastos por la entronización del 126º emperador.

Quienes tienen el privilegio y el deber de asistir a grandes acontecimientos en el lugar donde están destinados, tienen también la suerte de poder participar en el lento fluir de esas otras vidas en esos otros mundos. Esta posibilidad es uno de los particulares atractivos de nuestra profesión: ser parte de esa cotidianidad de lo ordinario de otras culturas, imbuyéndose en su esencia, hecha de otras vidas, tan lejanas, que de otra forma se nos habrían escapado, sin más. A veces basta un pequeño fulgor, perdido por ejemplo en la costa de Corea del Sur, para comprender que hay sitios donde nunca habría uno llegado de no ser por esa posibilidad. Lugares a los que probablemente nunca volverás.

Después de vivir esas vidas, toca escribirlas. Algo que, como trataba de explicar, no es sino otra forma de revivirlas. A veces

cuesta volver la vista atrás, recordar una vida que fue sustituida por otra, en un nuevo destino; en momentos tan difíciles como una pandemia por doquier, o en un golpe de estado en Yangón; pero también se recupera, con el tiempo, el cariño de un recuerdo, como el embriagador aroma del *firni* afgano; o visitando un atolón en el Pacífico del país menos visitado del mundo; recorriendo los infinitos recovecos de Beijin, o los *flyovers* cantoneses; transmitiendo historias para no dormir en una libreta coreana; persiguiendo los últimos reductos tokiotas de buena música en su rebeldía contra *la regla de los treinta años*. También la liturgia del aterrizaje en un nuevo puesto en Yangón, ese primer trayecto del aeropuerto al hotel; recorriendo líneas y puntos de arte aborigen que cartografían Australia; el tedio immaculado de Singapur, salvo para asistencias consulares intempestivas; o disfrutando del shock de un primer destino a ciegas en la ciudad de las seis estaciones; escribiendo las primeras cartas vietnamitas de un «pollo de poniente»; asistiendo a disquisiciones kazajas sobre el carácter freudiano o marxista de *Iván el Terrible*; o acumulando momentos cotidianos —y desastres naturales— en Manila; la niebla del recuerdo de aquel niño robótico en uno de los pocos semáforos que entonces poblaban Delhi, o el eterno regreso a esa promesa de futuro que encierra la India. También buscando una espada toledana para la coronación de un sultán malasio; incluso un embarazo al ritmo de las llamadas a la oración en Islamabad; lugares que no siempre gustan de primeras, como Bangkok y su mercadillo donde comprarse otras vidas, o tal vez recomponiendo la de uno mismo en la selva indonesia.

Estos retazos nos retrotraen, en una experiencia muy sensorial, a olores, sonidos e imágenes de lugares de Asia, Oceanía, el Pacífico,

sitios lejanos, en definitiva, a menudo en las antípodas de la cotidianidad de nuestras vidas, y de nuestros recuerdos de otras pasadas en ciudades tan alejadas física y mentalmente entre sí.

Vaya por delante mi agradecimiento a los veintidós autores de este libro por compartir sus textos y sus recuerdos sobre una vida y nuestra profesión en ciudades lejanas de Asia y Pacífico.

Editorial Cuadernos del Laberinto

PROLOGO

EUGENIO BREGOLAT

Ante todo, mi agradecimiento a las compañeras y compañeros que han contribuido a este volumen de «La Valija Diplomática» con sus experiencias asiáticas. Me han hecho revivir las mías, que se agolpan en mi cabeza: desde el techo del mundo (dos horas con la nariz pegada a la ventanilla del avión, entre Lasha y Chengdú, una infinitud de montañas nevadas sin rastro humano alguno), hasta los Mares del Sur (la playa de Charita, en el extremo norte de Java, frente al volcán Krakatau); los siempre maravillosos mercados (una vez en el de Tashkent con Rafa Dezcallar topamos con una farmacia que tenía los nombres de sus hierbas en varias lenguas, incluido el latín —*Salvia officinalis*— y cuyo dueño nos habló de Averroes y Al Andalus); los inacabables diluvios tropicales de Yakarta, que alimentaban la exuberante verdura que parecía a punto de devorar a hombres y cosas.

Los países donde vivimos y trabajamos —para cuantos colaboramos en este libro, por extensión, Asia— van recalibrando nuestra personalidad, se vuelven parte de nosotros mismos. Más aún en caso de aquellos, entre los que me cuento, que formamos familia

con nacionales del país de acreditación. Según un viejo dicho: «hay dos clases de diplomáticos, aquellos que aman el país en que trabajan y aquellos que lo odian: ni unos ni otros son de fiar». En efecto, se trata de encontrar, como en casi todo, el punto de equilibrio. Es difícil no llegar a querer, de algún modo, un país en el que uno ha vivido largo tiempo, y eso es bueno siempre que no nos haga perder de vista los intereses del nuestro. Cuentan del secretario de Estado norteamericano George Schulz, recientemente fallecido, que cuando los embajadores recién nombrados le visitaban, antes de partir, él les invitaba a señalar en un globo terráqueo dónde estaba su país; cuando el interfecto indicaba el de destino, Schulz daba un giro a la esfera y ponía el dedo sobre Estados Unidos diciendo «que nunca se le olvide».

Yo he pasado doce años en China, repartidos en mis tres embajadas, y cinco en Indonesia. A ello podría añadir, entre paréntesis, los diez que trabajé en la Unión Soviética/Rusia, a caballo entre Europa y Asia. Entre todo, casi dos tercios de mi vida profesional. En 1992, siendo embajador en Moscú, inmediatamente tras la disolución de la URSS, me acreditaron, entre otras, en las cinco ex repúblicas soviéticas centroasiáticas y las tres de Transcaucasia, además de Mongolia. Esta última fue el primer país asiático que visité, en enero de 1978, acompañando al embajador en Moscú, Juan Antonio Samaranch. Con el tiempo, me vería acreditado tres veces en este país, dos desde Beijing y una desde Moscú.

No me resisto a contar algo de aquella fascinante visita a Mongolia: Ulan Bator era una gran extensión de yurtas (*gers*), con una calle mayor de edificios soviéticos, algunos de aire neoclásico, con columnas, en los que se ubicaban básicamente la administración y los escasos hoteles para extranjeros —cuando, más adelante, las

yurtas fueron reemplazadas por bloques de apartamentos, los mongoles levantaban la yurta en la mayor habitación. Era enero: cielos implacablemente azules y treinta grados bajo cero en el acto al aire libre, en la gran plaza principal de la ciudad, que era parte del ceremonial de presentación de credenciales. Una formación militar rendía honores y saludaba al embajador a coro, al modo soviético. El embajador debía contestar a grito pelado; Samaranch se decidió por «Soldados de Mongolia, yo os saludo». He seguido su ejemplo las tres veces. Muy pocos coches y mucha gente a caballo. Aquellos pequeños caballos capaces de romper el hielo con los cascos para buscar su sustento. Los arqueros mongoles, según cuentan, eran capaces de alcanzar, galopando, un conejo a ochenta metros con sus flechas. Comían carne de caballo y bebían leche de yegua (fermentada, el «kumis», un alcohol de alta graduación que ayudaba a enfrentarse con el tenaz frío), se vestían con pieles de caballo; eran capaces de dormir sobre su caballo y los enterraban con él. Incluso he visto antiguos grabados en los que hacían salva sea la cosa sin descabargar, en circenses equilibrios. Sin un caballo, en esas inmensas soledades, no eres nadie. Un día nos llevaron al teatro nacional, donde nos regalaron con una maravillosa exhibición: contorsionistas, cantos tradicionales que iban desde los extremadamente guturales a exquisitas modulaciones que imitaban los relinchos de los caballos y, al final, una gran orquesta de cuerda; es decir, de crines de caballo, que producía un poderoso zumbido. Tuvimos la feliz ocurrencia de traernos de Moscú una película de la feria del caballo de Jerez de la Frontera. No hay palabras para describir el asombro de los mongoles ante el contraste entre la tosquedad de sus caballos y la gracia de los andaluces.

Trabajando en Asia estas últimas décadas hemos sido testigos de su conversión en el centro de gravedad de la economía global.

En mi caso he visto cómo los millones de bicicletas de los años ochenta han sido barridos de las calles de Beijing por los coches, con más porcentaje de eléctricos que en ningún otro sitio. Circulan cada día más trenes de alta velocidad en China que en el resto del mundo en su conjunto, y el viejo aeropuerto provinciano de la capital (con un cartel que inocentemente rezaba: *Fly Air China and good luck to you*) ha sido reemplazado por el mayor del mundo. Desde Indonesia pude comprobar cómo los chinos de ultramar, empresarios natos, dominaban toda la economía del Sudeste de Asia —mi hijo, que cuenta ahora 36 años, nació en Singapur—. Liberada de la camisa de fuerza que suponía el maoísmo, China ha seguido en su estela. El despertar de viejas civilizaciones dormidas alcanza al otro extremo del continente: cuando a principios de los noventa, muy poco después de la disolución de la URSS, iba a presentar credenciales a las repúblicas ex soviéticas de Asia Central, las embajadas turcas habían abierto ya en todas partes.

En cuanto a los países europeos, la reemergencia de China deja claro que solo la unión política, como escribiera Jean Monnet en sus *Memorias*, hace ya más de medio siglo, nos va a permitir sentarnos en la mesa de las grandes potencias; la lenta decadencia sería la alternativa. Es la cuestión existencial: ser o no ser. Deseo fervientemente que las compañeras y compañeros que contribuíis a este libro seáis testigos de una Europa políticamente unida, capaz de hablar con una sola voz y actuar con una sola voluntad.

Pienso que, en definitiva, uno vale lo que los paisajes que atesora, las experiencias vividas. Con esa fe me metí en el oficio. Asia, el escenario básico de mis años en la Carrera, no defraudó esa fe, sino que la redobló.